

Entrevista con Paloma Altolaguirre

Cernuda

en Coyoacán

Paloma Ulacia y James Valender

En 2002, centenario del nacimiento de Luis Cernuda, apareció bajo el sello de la Residencia de Estudiantes, de Madrid, el *Álbum Luis Cernuda*. James Valender escribió la biografía y como apéndice incluyó el testimonio breve, pero elocuente, de una de las personas que más cerca estuvieron del poeta durante los últimos diez años de su vida: Paloma Altolaguirre. Hija de Manuel Altolaguirre y de Concha Méndez, Paloma acogió al poeta en su casa en Coyoacán, en la Ciudad de México, desde el otoño de 1953 hasta su muerte en noviembre de 1963. Paloma heredó muchas amistades de sus padres (Emilio Prados, José Moreno Villa, Vicente Aleixandre, por nombrar sólo algunas); pero a ninguno de estos amigos lo llegó a tratar de forma tan cotidiana como a Luis Cernuda, quien, de hecho, se convirtió muy pronto en otro miembro de la familia.

En el primer año de su residencia en el número 11 de la calle Tres Cruces, le tocó a Cernuda convivir con la propia Concha Méndez, con Paloma Altolaguirre y su marido Manuel Ulacia, y con el primer hijo de este matrimonio, Manuel. Puesto que la casa era muy pequeña (sólo había dos habitaciones: una para Concha Méndez en la planta baja, la otra para la familia Ulacia Altolaguirre, en el piso de arriba), al poeta le tocó el diminuto cuarto de servicio, al lado de la cocina en la planta baja. Sin embargo, casi enseguida, la familia empezó a construir otra casa más grande al fondo del jardín, adonde, con el tiempo, se fueron a vivir Paloma y su familia, liberando así su cuarto en el piso de arriba para que lo ocupara Cernuda. Pero la construcción de esta segunda casa no impidió que todos se vieran todos los días. Porque, si bien Cernuda dormía en casa de Concha Méndez, comía, lo mismo que Concha, con Paloma y su familia, fuese en la casa de una u otra o en el jardín. Y así, en la diaria charla de sobremesa, mientras se hablaban

de las cosas intrascendentes que llenan la vida de todos los seres mortales: de las tareas de los niños, de los problemas en el trabajo, de las películas vistas en el cine, los antiguos vínculos de amistad se fueron reafirmando, pasando de hecho de una generación a otra.

Cuando Cernuda llegó a Tres Cruces, Paloma ya tenía a su primer hijo, Manuel, nacido en 1953. Luego seguirían: Luis (1956), Paloma (1957) e Isabel (1962). Con todos ellos, pero sobre todo con los tres mayores, el poeta pasó mucho tiempo: casi todos los días los recogía en la escuela y muy a menudo iban juntos, con Paloma, al cine por la tarde. A los niños los llegó a querer entrañablemente (cosa que para muchos resulta todavía difícil de creer) y, después de la muerte de Altolaguirre, ocurrida en julio de 1959, se convirtió en algo así como un segundo abuelo para ellos: los regañaba cuando se portaban mal, les enseñaba a leer y, claro, también les daba regalos el Día de Reyes o cuando cumplían años. Ni siquiera cuando trabajaba de profesor en California se olvidaba de enviarles la tarjeta correspondiente.

En fin, en la familia de Paloma y Manuel Ulacia, Cernuda parece haber encontrado a la familia que él nunca tuvo. Y aunque siempre hacía alarde de tener espíritu nómada, todo parece indicar que hacia el final de su vida se sentía, en efecto, arraigado en Coyoacán, donde pensaba quedarse ya *definitivamente*, tal y como escribió en una carta a Paloma enviada desde Los Ángeles en la primavera de 1963. Como ahora sabemos, Cernuda, en efecto, se quedó para siempre en Coyoacán; aunque, por desgracia, no viviera sino unos cuatro o cinco meses más, después de volver de California. Fue Paloma quien, la mañana del 5 de noviembre de 1963, subió al cuarto del poeta y lo halló muerto en el suelo, víctima de un infarto.

Dados todos estos antecedentes, el testimonio de Paloma cobra un interés muy particular y, por ello y por lo difícil que le resulta vencer su timidez, quisiéramos dejar constancia aquí de nuestro reconocimiento a ella por su generosa cooperación. Le agradecemos su tiempo y su confianza, pero también el cuidado con que revisó la transcripción de la conversación que sostuvimos con ella y que a continuación reproducimos. El punto de arranque es la boda de Paloma Altolaquirre y Manuel Ulacia, celebrada en Coyoacán en noviembre de 1952. Porque, si bien Paloma lo había saludado en las visitas que el poeta hiciera a México en años anteriores, en realidad fue sólo a partir del momento en que Cernuda decidió abandonar Nueva Inglaterra y establecerse en México (es decir, a partir de noviembre de 1952) cuando empezó a tratarlo de cerca. En dicha boda Cernuda actuó como testigo formal, junto con otros dos amigos del antiguo grupo de Litoral: Emilio Prados y José Moreno Villa. (JV)

JAMES VALENDER: A quien también se ve en las fotos de tu boda es a Luis Cernuda.

PALOMA ALTOLAGUIRRE: Acababa de llegar de Estados Unidos cuando yo me casé, de eso sí me acuerdo. Mis padres se pusieron muy contentos porque había llegado Cernuda. Se había instalado en el hotel Génova y lo fue a buscar mi padre. Lo llevó a comer a casa. Y tiempo después, se quedó a vivir con nosotros.

JV: ¿Por qué crees que se quedó con ustedes?

PA: Ya desde antes de la guerra, cuando vivía en la calle Viriato, en Madrid, Cernuda siempre comía con mis padres. Mi madre cocinaba y él llegaba a comer con ellos. Aquí en México, creo que llegó a casa pensando quedarse poco tiempo... y después el tiempo se fue alargando. Además, yo supongo que estaba a gusto.

JV: Si la casa de tu madre era tan pequeña como ahora, no debió de ser fácil alojarlo.

PA: La casa era pequeña. Abajo había una sola habitación, que era de mi madre, más el cuarto de la muchacha (que fue el que le dimos a Cernuda), mientras que arriba sólo había otra habitación más, en la que teníamos que dormir mi hijo Manuel, mi marido, yo... y cien pollos que Manolo había comprado.

JV: ¿Pollos en su habitación?

PA: Manolo había encargado unos pollos a Estados Unidos. Es decir, unas gallinas, de una raza muy especial, muy buenas ponedoras. Pero luego resultó que los pollitos llegaron antes de que pudiéramos tener terminado un gallinero que estábamos construyendo al fondo del jardín. Cuando llegaron los pollos, pues, ¿dónde se iban a guardar? No los íbamos a meter ni con mi madre ni con Cernuda. Abajo, además, estaban los perros. Entonces, no había otro sitio más que nuestra habitación. Ahí metimos los cien pollos, bien calientes, con una calefacción especial. Les pusimos dos cómodas, un radiador, con paja encima de



Paloma Altolaquirre y Luis Cernuda en Tres Cruces, Coyoacán, años cincuenta

© Colección de Paloma Altolaquirre, México

la madera... Como Manolo trabajaba toda la semana y todavía no acabábamos el gallinero de atrás, se quedaron ahí; empezaron a crecer y luego a volar por el cuarto. En realidad, era un disparate. Había que limpiar todos los días la paja, bajarla... Tiempo después ya se pudo pasar a los pollos al cuarto de atrás. Era una construcción que ya tenía paredes, porque mi padre iba a instalar ahí una imprenta, pero la imprenta se convirtió en gallinero. Antes hubo un momento en que estaban Cernuda, los pollos, mi madre, nosotros tres, además de los perros, que también dormían dentro.

JV: ¿Qué decía Cernuda de los pollos?

PA: No decía nada. Los perros sí le llamaban la atención. Había una novelista de la época que se llamaba Dolores Canseco Noriega. Y, como broma, a una perra que teníamos que se llamaba Lola, Cernuda decía que se llamaba Dolores Canseco Noriega. Decía que era un can seco. Y todos los días que la veía —porque eso sí le pasaba, que era repetitivo— todos los días decía lo mismo. Nada más

nos sentábamos y preguntaba: *¿Qué dice Dolores Canseco Noriega?* Y se moría de risa.

JV: ¿Cuándo empezaron a construir la otra casa al fondo del jardín?

PA: Empezamos muy pronto, pero nos tardamos dos años porque tuvimos que pedir una hipoteca. Nos cambiamos, creo, en el año 55. Y entonces se pasó Cernuda al cuarto de arriba en casa de mi madre, y la muchacha pudo llegar a dormir a su cuarto en la planta baja. Eso también era importante porque la pobre tuvo que ir a dormir a casa de una hermana.

JV: Después de este cambio, ¿Cernuda siguió comiendo con ustedes?

PA: Al principio comíamos todos con mi madre, debajo de un árbol, que cuando se construyó la casa, se había quedado en medio de la sala. Era un fresno muy alto, y cuando llegaron las primeras lluvias, el agua se escurría por su tronco, y teníamos que sacarla con cubos. Tiempo después, empezamos a comer en el jardín; comíamos mi madre, los niños, Cernuda y yo (Manolo se quedaba a comer en el laboratorio). Esa época la recuerdo siempre. Pusimos una mesa en el jardín. Y a veces también colocábamos una tinita delante de la casa de mi madre, una tinita que se llenaba de agua caliente; entonces los pequeños se metían ahí a tomar el sol como si fuera una piscina. Luego mi madre preparaba algo muy bueno para comer. A veces mi padre venía a vernos, y siempre nos traía algo que ponía en la mesa; mi madre se preparaba una cuba en un vaso verde que tenía de vidrio de carretones. A Cernuda le gustaba la cerveza, y a mí, mi padre me ponía una copa de vino quinado de Málaga que me decían que abría el apetito. Cuando volvió a llegar otra vez la época de lluvias, la mesa del jardín la pusimos más lejos y todos nosotros nos sentamos ese día a ver talar el árbol que habíamos dejado tiempo atrás dentro de la casa de mi madre.

Aquella época es cuando Cernuda llevaba a los niños al colegio. Los llevaba y luego los iba a buscar; o sea que tiene que haber dado sus clases entre la hora de entrada de los niños y la hora de salida. En esa época también íbamos mucho al cine y Cernuda iba a todas las películas de niños con nosotros. Años después, empezó Manolo a venir a comer otra vez a casa. Para entonces ya comíamos en nuestra casa, al fondo del jardín, pero seguimos siempre comiendo todos juntos.

JV: ¿Cómo era Coyoacán en esa época?

PA: Nosotros fuimos a vivir en lo que entonces era una villa. A Coyoacán se llegaba por algunas calzadas, y al rededor había campo, lleno de milpas. Había granjas y establos. Muchas de las calles eran de tierra, así que en tiempos de lluvia no se podía entrar en coche. Cuando ibas al centro de la ciudad, decías: *Voy a México.*



Luis Cernuda, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, Málaga, septiembre de 1928

Nuestra calle era empedrada porque era el centro de Coyoacán. Estaba a media cuadra del Jardín Centenario, muy cerca de la iglesia de San Juan Bautista y de la Casa de Cortés. En esa plaza había un cine llamado Centenario, al que muchas personas llegaban en bicicletas, y las ponían en hilera a un lado de los bancos de madera. Por esa plaza, Cernuda paseó durante los años que vivió con nosotros. Muchas veces lo vi salir de la iglesia, adonde iba cuando no había misa y estaba sin nadie. Y sobre todo iba a ese cine Centenario que estaba al lado de la casa. ¡Cuántas películas vio! Era un cine de barrio y pasaban tres películas diferentes al día...

¡Cuántas veces caminamos juntos por la avenida Francisco Sosa, bajo los altos árboles! Al pasar por la plaza de Santa Catarina, hay una casa en una esquina, al fondo, que es amarilla, y siempre al pasar decía que le gustaba. Yo pensaba que a lo mejor le recordaba alguna casa de Sevilla de cuando niño.

JV: ¿María Dolores Arana también iba a esas reuniones?

PA: También venía María Dolores Arana algunas tardes. Así resultaba una reunión muy agradable, porque María Dolores y Cernuda también se llevaban muy bien entre sí. Con los Arana también nos reuníamos en Navidad.

JV: ¿Cernuda festejaba su cumpleaños?

PA: No, nunca decía nada.

JV: ¿De qué hablaba?

PA: Lo que más le gustaba era hablar de cine. Muchos días a la hora de la comida contaba alguna película que había visto, y si le había gustado quería que fuéramos a verla con él otra vez. Manolo, mi marido, comía entre semana en el laboratorio, pero los fines de semana venía y hablaba mucho con Cernuda. *¡Pero no nos cuentes el final, por favor!*, le decía Manolo. Se llevaba muy bien con Cernuda. Siempre fue una relación de lo más amable. Recuerdo aquella época como los años más felices de mi vida.

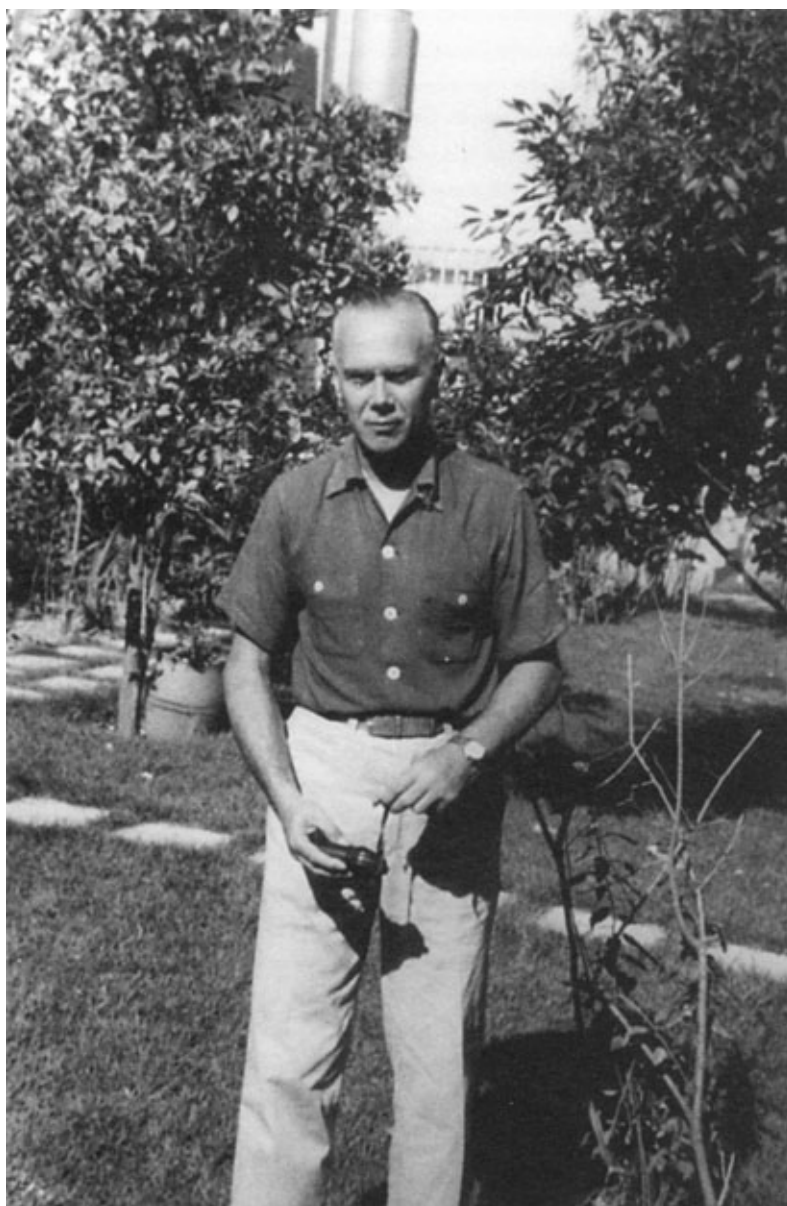
Fuera del cine, no me acuerdo de que habláramos de nada en particular: hablábamos de cosas muy simples. En todo caso, Cernuda no hablaba mucho de sí mismo... Lo que sí le gustaba hacer era entrar en casa y ponerse a ver las revistas antiguas que teníamos. *La Ilustración Española*, por ejemplo. Ahí encontraba cosas de su época y se moría de risa. Otras veces llegaba y decía: *Vengo a buscar un libro*, y subía a mi cuarto, donde tenía los libros. Entonces allí había una chimenea; se sentaba y hablábamos un rato. Mucho tiempo después de su muerte, me pareció seguir oyendo sus pasos al subir la escalera.

JV: ¿Habla de su familia en España?

PA: Muy poco, aunque al final hablaba más. Incluso empezó a hablar de ellos con benevolencia. Al final, un día en que estábamos en la puerta de casa, me dijo:

Ahora que lo estoy pensando, mi padre me quería mucho, porque un día, cuando yo era pequeño, él se pilló los dedos con la puerta y no dijo nada. No se quejó para que yo no me asustara... Otro día me dijo: Acabo de saber que ha muerto mi hermana. Teníamos un tocadiscos delante de la ventana y me preguntó: *No sé si puedo poner un disco de Mozart.* Era un disco que él mismo le había regalado a mi hijo Manuel, o sea que era algo que a él le gustaba oír. Entonces se puso a escuchar la música. Luego, cuando se le murió la otra hermana (que fue con poco tiempo de diferencia), me dijo: *Se ha muerto mi hermana, voy a comprar un boleto para ir a un concierto a Bellas Artes.* O sea que las dos veces quiso escuchar música. También me acuerdo de que, apenas unos meses antes de que muriera, me anunció: *Vamos a poner las noticias, porque acaban de matar a Kennedy.* Se le vio afligido. *¡Cómo pueden pasar estas cosas! ¡Qué horror!* Ese mismo año que murió Kennedy, murió Cernuda.

JV: ¿Cernuda alguna vez consideraba la posibilidad de volver a España?



En el jardín de la casa de Tres Cruces, Coyoacán, 1960

PA: Nunca me habló del tema.

JV: Tengo entendido que Cernuda no veía a casi nadie.

PA: Veía algunas veces a Paquita García de la Bárcena, que era hermana de Quínín, es decir, cuñada de Bernabé Fernández-Canivell, uno de los grandes amigos de Cernuda y de mi padre en España. A veces también se reunía con Octavio Paz, con Enrique Asúnsolo... Por cierto, me comentó Cernuda que Asúnsolo dormía en una caja de muertos, decía que para irse acostumbrando...

JV: Parece que otra de las grandes amigas de Cernuda era Concha de Albornoz...

PA: Ella, sí, era muy amiga suya. Trabajaba fuera, era profesora en los Estados Unidos, pero cada vez que ella venía a México, la veía. La quería mucho y ella era muy buena amiga de él.

JV: ¿Tú llegaste a tratarla?

PA: Yo la conocí, sí. Vivía en la colonia Roma, por donde están las oficinas de Joaquín Mortiz. Era bajita, muy elegante; solía vestirse muy sobriamente, con un traje de chaqueta... Me contaron una anécdota graciosa. Un día que estaba comiendo con su familia en México, de repente se cayó la perilla de la puerta de su departamento y la puerta se abrió: era un ladrón que entraba. Y viendo a la gente comer en la mesa, decidió retirarse. *Perdón, me equivoqué*, dijo; y volvió a cerrar. Era buena amiga de mi madre; se habían conocido cuando eran jóvenes en España. Se veían cuando venía a México. Luego se cayó de la manera más tonta: subida en una escalera, poniendo unas cortinas. Se cayó y se pegó en la cabeza. Estuvo mal un tiempo y después se murió.

JV: ¿Cernuda estaba aparentemente en buen estado de salud cuando se murió?

PA: Estaba muy bien. Aunque sí había ido a un oculista, que le vio el fondo del ojo y le dijo que debería ir a un cardiólogo. Fue cuando decidió que no iba a volver a Estados Unidos (a partir de 1960, iba frecuentemente a dar cursos a California). Pero no fue al cardiólogo. Si hubiera ido, posiblemente hubiera vivido. Pero todo ocurrió en muy poco tiempo. Y tampoco nos dimos cuenta, nadie pensó siquiera en la posibilidad de que fuera a morir. De hecho, nos íbamos a ir al cine al día siguiente. Él había ido a ver la película *Divorcio a la italiana*, que le había encantado. Tanto que dijo que teníamos que ir juntos a verla.

JV: Pero también podría ser una persona difícil...

PA: A lo mejor era difícil para la gente que lo conocía menos, que no vivía con él. Pero a mí nunca me pareció una persona difícil. Era un hombre independiente, que estaba ocupado en sus cosas, muy rutinario, que tenía su vida muy estructurada. Él se organizaba para trabajar, escribir y hacer las cosas que le gustaban. Yo lo recuerdo alegre, cariñoso; le gustaba mucho es-

tar con los niños. Disfrutaba el sol; se ponía a veces en traje de baño sobre una manta de lana gris y blanca en el jardín, que mi madre había sembrado y que estaba cada día más bonito. Entonces había un cielo azul luminoso. Creo en algo que oí un día: que los más bellos paraísos son los que hemos perdido.

JV: Para mucha gente resultaba una persona muy fría.

PA: Varias personas me decían que no saludaba. Una vez me lo dijo Luis Cardoza y Aragón y le contesté: *No es que no te quiera saludar, lo que pasa es que no ve bien. No te veía*. La gente puede a veces parecer antipática, pero es porque no ve, no por otra razón. Cernuda usaba gafas, pero no al caminar.

JV: ¿Se llevaba muy bien con tu padre?

PA: Era muy amigo de mi padre, y también de mi madre. Mi madre lo quiso mucho. Claro, de no ser así, no le hubiera ofrecido que viviese en su casa con ella. Yo creo que se querían mucho (había sido una amistad de muchos años), y creo de verdad que Cernuda formó parte de nuestra familia.

Cuando murió mi padre, todos nosotros nos quedamos desolados. Mi padre estaba preparando una edición de sus poesías completas para el Fondo de Cultura Económica, pero le sorprendió la muerte sin dejar el trabajo ordenado, y Luis Cernuda enseguida se ofreció para ocuparse de la publicación. También recuerdo que en esos días me llamó un poeta que era director de la Facultad de Letras de la Universidad Iberoamericana, el padre Ángel Martínez. Quería que asistiéramos a unas misas gregorianas que iba a celebrar en la universidad para mi padre. Así que, durante los treinta días que duraron las misas, allí estuvimos a las ocho de la mañana. Cernuda, mi madre, Manolo y yo. También, nos acompañó todos los días Ernesto Cardenal, que venía desde Cuernavaca, donde vivía en un monasterio trapense.

JV: ¿Cernuda se fue a Estados Unidos porque quería ganar más dinero o porque le gustaba la vida allá?

PA: Yo pienso que quería ir. A fin de cuentas, le iban a pagar bien y sí le interesaba tener más dinero. Pero él luego volvía: iba y volvía, no se quedaba ahí. Y si volvía a México, supongo que es porque quería hacerlo. Lo cual quiere decir que no lo pasaba tan mal en Coyoacán.

JV: Parece que al principio se veía con Emilio Prados, pero que después se distanciaron.

PA: Se distanciaron, pero nunca supe por qué. Cernuda raras veces nos leía las cosas que escribía, pero una vez sí quiso leernos unos versos que había escrito en contra de Prados. El poema se titulaba "La hidra de Lerma". Nos leyó el poema, que decía unas cosas terribles, y luego se moría de risa. (Cernuda se reía mucho más de lo que la gente cree...). Cuando murió mi padre, yo quise ver si se contentaban e invité a

comer a Prados para que comiéramos todos juntos. Pero nada. Cuando Cernuda lo vio llegar, cogió su plato y se fue a la cocina.

JV: ¿Cernuda tenía premoniciones de que iba a morir muy pronto?

PA: Él dijo que sus dos hermanas habían muerto a los sesenta y que posiblemente él iba a morir a la misma edad que ellas. Y así fue, además.

JV: ¿Cómo murió?

PA: Cernuda siempre desayunaba muy temprano, se preparaba él mismo su desayuno. *Fíjate, que no ha bajado Luis a desayunar*, me dijo mi madre. *Sube tú a ver qué le pasa, porque a lo mejor se siente mal, a ver si quiere algo*. Primero le llamé desde abajo, pero, como no contestó, subí corriendo las escaleras un poco a prisa, porque, además, él siempre nos llevaba al colegio y ya era casi la hora. Subí y lo encontré tirado en el suelo. No pensé que estuviera muerto, pero sí, me asusté. Corrí por la calle hacia el Seguro Social, porque ahí estaba nuestro médico familiar, Aurora Molas. Pero cuando llegué a la esquina, encontré a Manolo, a quien se le había estropeado el coche. Entonces le dije: *Cernuda está enfermo*. Se bajó y corrió mucho más a prisa que yo al Seguro, mientras que yo me fui a casa. En dos minutos llegó Aurora y otro médico; llegaron corriendo. Lo examinaron y resultó que se había muerto durante la noche, o al menos

cuando todavía no había amanecido, porque tenía la lámpara encendida. Estaba leyendo a los Álvarez Quintero. Había dejado el libro abierto. Se habría levantado muy temprano, tal vez habría dormido mal... Pero no creo que se sintiera mal, porque una persona que se siente mal no se pone a leer. Tuvo que ser una cosa muy repentina. Tenía la pipa en la mano y había dejado caer unas cerillas. Con toda probabilidad, estaba leyendo tranquilamente, se levantó con su pipa y quiso prenderla cuando se desplomó. Curiosamente, los días anteriores yo lo había sentido muy cerca de mí. Le dije: *Tengo que ir a pagar la luz a Álvaro Obregón. Pues voy contigo*, me contestó. Otro día tuve que ir al centro, a Isabel la Católica, a pagar la hipoteca, y otra vez me acompañó. Incluso me invitó a tomar café con pastel en un lugar que se llamaba La Flor de México, que era una cafetería muy bonita, con unas mesitas redondas. Y así fuimos juntos a muchas cosas. En realidad, siempre había sido muy cariñoso conmigo. Cuando me metí en clases de francés, todos los días después de comer me llamaba: *Vamos a hacer la tarea*. Y hacíamos la tarea juntos. Luego, al volver de Estados Unidos, traía unas cajas de chocolates muy buenos (las cajas eran azules, me acuerdo). Y también nos mandaba unas tarjetas postales muy bonitas con flores perfumadas. Era muy amable... Yo lo quiero mucho. **U**



Rosa Chacel, Luis Cernuda y Concha de Albornoz en Valladolid, 2 de marzo de 1936